

## Las democracias participativas

Tomás R. Villasante  
HOAC, Madrid, 1995

Decía un maestro que existen intelectuales nómadas y estudiosos sedentarios, unos inventan caminos y los otros repiten esquemas desde la comodidad de su despacho. Tomás R. Villasante se encuentra entre los primeros y, además, su norte es un desafío: escribir a partir de las alternativas transformadoras que apuntan nuestras sociedades y tratar de vivir lo que escribe. Un ejemplo de esta orientación y de su trayectoria intelectual lo proporcionan *Las democracias participativas*, un libro que pretende «aterrizar y concretar cómo podemos construir democracias participativas y alternativas de sociedad» y «responder a las problemáticas más concretas que nos ha tocado vivir y a las experiencias realmente existentes».

Es ésta una obra rica en datos e informaciones de experiencias prácticas de participación democrática —primera de las tres partes del libro—, desarrolladas en poblaciones rurales y urbanas de nuestro país (centros cívicos, planes integrales de desarrollo local, planes de urbanismo y vivienda, cogobierno en la administración local, etc.), en América Latina (Villa El Salvador y otros municipios gobernados por Izquierda Unida en Perú, algunas experiencias de gobierno local del Frente Amplio en Uruguay, de «Asunción para todos» en Paraguay, de «Causa R» en Venezuela, del Partido del Trabajo en Brasil), y en Europa (acciones y programas vinculados a los movimientos obrero, verde y de mujeres, en países como Italia, Francia, Inglaterra, Alemania).

Es, por otro lado, sugerente y original en la metodología —segunda parte de la obra— que propone y que ha venido ensayando en diversas investigaciones realizadas en España y en Latinoamérica. Quien haya leído libros suyos anteriores como *Retrato de Chabolista con Piso* o el más reciente *Las ciudades hablan*, reconocerán enseguida herramientas metodológicas como los conceptos de *redes sociales*, *conjuntos de acción*, *comunicadores informales*, *grupos de animadores*, *referentes de la imagen del poder*, etc., que le sirven para analizar la

siempre difícil articulación teórica entre lo macro y lo micro, entre lo global y lo local, y para subrayar que es tan importante el proyecto de un colectivo como la forma y las relaciones en que se sustenta la construcción cotidiana de ese proyecto. Pero son conceptos renovados y planteados con un lenguaje ameno —muchas veces metafórico— y comprensible para cualquier lector que se aburra con los términos técnicos de los estudiosos acomodados en el saber de sus disciplinas.

En cualquier caso, estos y otros conceptos que aparecen en el texto no se construyen para clasificar la complejidad de las acciones y conductas sociales. Su función metodológica sólo cobra sentido en el marco de la preocupación por indagar en la multiplicidad de acciones colectivas y en el deseo de ofrecer instrumentos para el autodiagnóstico a los propios actores sociales. Villasante rehuye, en efecto, las clasificaciones academicistas y cuando clasifica las combinatorias entre los elementos responden a la complejidad de lo social, proponen, utilizando otra metáfora, como le gusta hacer al autor, lecturas caleidoscópicas, cambiantes, éticas y estéticas. Un ejemplo de esta perspectiva: ni el posicionamiento político-electoral de las personas ni las conductas colectivas se pueden analizar desde el dilema sí-no o bueno-malo, se representan mejor con la figura de un tetralema — y aquí aparece la huella de J. Ibáñez —, que permite la transversalidad entre conductas de diverso tipo: converso, perverso, subversivo (irónico) y reversivo (humorístico).

Pero, sobre todo, es éste un texto que, aprendiendo de experiencias reales, reformula la idea de democracia y de participación. La democracia hoy no puede ser reducida a la representación a través de partidos diferenciados por su posición en una línea ideológica de izquierda-derecha y mediante sistemas electorales que no posibilitan la participación de las minorías. No existe una sola técnica o una sola legitimación, hay otras formas de legitimación que no pasan por los partidos políticos, ni por los sistemas electorales tradicionales. Las democracias han de regular, potenciar e incorporar nuevas formas de participación, donde la «telemática» puede jugar un papel importante, y donde la diversidad de opciones e iniciativas de base —políticas y no políticas—, de mayorías o de minorías, encuentren cauces de una participación necesaria para el avance de la sociedad.

No es posible sintetizar en este breve comentario las diversas propuestas metodológicas que plantea el autor como mecanismos de potenciación de ese avance. Se proponen métodos que permitan conocer cuáles son los bloques sociales existentes y ver a quién y qué tipo de alianzas favorecen las acciones públicas o de otros agentes sociales. Sugiere fórmulas para evaluar el desarrollo con criterios de calidad de vida y no de simple progreso incontrolado o desarrollismo. Reivindica y fomenta la escucha a la creatividad del «poder constituyente» de la sociedad, de los movimientos sociales en especial —tanto en sus objetivos como en sus formas de acción—, pero sin mitificar lo popular. Crítica la planificación

como un modelo cerrado y adscrito a los técnicos y/o políticos y se indican formas y experiencias de articular planificación y participación. Podríamos seguir el listado, pero estas pequeñas muestras proporcionarán al lector una idea de los contenidos y procedimientos metodológicos que encontrará en el libro.

No obstante, debemos subrayar que, en nuestra opinión, la aportación teórico/metodológica más innovadora de esta obra respecto a textos anteriores —y es aquí donde parece que se encuentra el punto del camino que actualmente traza Villasante— es la reflexión y la aportación de experiencias concretas de Investigación-Acción-Participativa (IAP) —se ven otras huellas, la de Fals Borda y Paulo Freire—, con su corolario de Programa de Autoregulación Integral (PAI). Una metodología participativa basada en el principio de reflexividad del observador y de los sujetos —no objetos— sociales y en la potencia de la autoorganización de los movimientos sociales para desbordar las limitaciones de las formas de participación habituales. Un método práctico (praxeología es el término que la define) de construir alternativas, pues «las democracias participativas realmente existentes las conoceremos más por sus métodos y prácticas aprendidos como prolongaciones de los propios movimientos instituyentes, que por organigramas instituidos jurídicamente».

Desde las coordenadas señaladas se abordan cuestiones tan candentes como las planteadas por la descentra-

lización y la desburocratización, la planificación, la relación entre lo local y lo global, etc. Y, por último, se reflexiona sobre la interacción de todo ello con un «tercer sistema» (movimientos sociales, asociaciones, colectivos, ONGs, fundaciones) y sus potencialidades. Pero, insistamos, siempre desde una perspectiva que combina, con un lenguaje accesible, lo académico y lo práctico, como lo prueba que la tercera y última parte del libro esté dedicada a experiencias prácticas de participación ciudadana en las que se han ensayado algunos métodos explicados con mayor detalle en las dos partes anteriores.

En definitiva, se trata de un libro que recoge experiencias, fomenta preguntas y propone métodos para encontrar respuestas prácticas que remuevan las democracias hasta hacerlas realmente participativas. Ese es su hilo conductor. Tal vez requiera trabajos posteriores para lograr una articulación más rigurosa entre la diversidad de temas y cuestiones que toca, pero, a la altura del camino que nos encontramos, resultará sumamente útil e interesante para intelectuales nómadas, para quienes se preocupan por la sociedad y buscan alternativas, y cómo no, para quienes desde los movimientos sociales, partidos políticos y la Administración Pública tienen hoy la imperiosa responsabilidad de construir democracias participadas.

**Javier Garrido**